

Unas palabras sobre D. Ramón Menéndez Pidal

POR

KIRSTEN SCHOTTLÄNDER

D. Ramón Menéndez Pidal murió en el mes de noviembre de 1968. Nació el 13 de marzo 1869, de modo que hubiera cumplido 100 años en marzo de este año en curso – muchos años, sí, pero ni uno superfluo.

En las letras hispánicas Menéndez Pidal es el fundador a quien, en un espacio de 70 años, todo investigador y todo estudiante, han tenido que acudir. Menéndez Pidal mismo cursó sus estudios en una época de un vacío y cerradura completa de los estudios filológicos en España. Con gran sorpresa de uno de sus contemporáneos, Américo Castro, el joven don Ramón leía la *Grammaire des Langues Romanes*, de Federico Díez; y cuando el profesor de neolatinidad acertó a verlo, le exhortó a no leer más aquello: «¡Con las explicaciones de clase tiene bastante!»¹

Menéndez Pidal no tuvo maestros. En España la investigación era nula y una barrera insuperable aislaba a España del resto de Europa. «Hasta que vino él, la lengua de España había sido investigada por alemanes y suecos. No existía tradición filológica.»² A él estaba reservado el derribar la barrera y abrir la ventana hacia las nuevas corrientes europeas. Desde un principio la obra de Menéndez Pidal sigue un positivo (no positivista) y exacto método histórico y filológico. En él «se daban desde el comienzo dos métodos: un *método de investigación* que le permitía descubrir y depurar nuevos datos, y un *método de construcción* que hace posible la elaboración inteligible y teórica de estos datos.»³

En uno de los muchos artículos aparecidos con motivo de la muerte de Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, heredero suyo de la cátedra de filología románica en la Universidad de Madrid, divide la obra total de su maestro en 3 núcleos principales, ordenados cronológicamente:

1. *Creaciones juveniles (1896–1904): La Leyenda de los Infantes de Lara (1896). – Crónicas Generales de España (1898). – Manual de Gramática Histórica Española (1904). – El Cantar de Mio Cid (1908).*

2. *Creaciones de madurez (1910–1929). – La Epopeya castellana a través de*

1: Américo Castro: Cuánto le debemos. Papeles de Son Armadans, año IV, t. XXXIX, 1959, p. 284 s.

2: Américo Castro: Op. cit. 285.

3: J. A. Maravall: Menéndez Pidal y la Historia del Pensamiento, p. 90. – Madrid 1960.

la Literatura Española (1910). – Poesía juglaresca y Juglares (1924). – Orígenes del Español (1925). – Le España del Cid (1929).

3. *Creaciones de vejez (1950–1964): Reliquias de la Poesía Epica Española (1951). – El Romancero Hispánico (1953). – La Chanson de Roland y el Neotradicionalismo (1959). – El Padre las Casas: su doble personalidad (1963). – Prólogo al tomo XV de la Historia de España: El Compromiso de Caspe (1966).*⁴

Además, centenares de artículos y conferencias, escritos unos y pronunciadas otras, durante los más de 60 años de actividad intelectual. – Repasando la lista arriba expuesta, hay que subrayar que muchas de las obras han salido en segundas y terceras y más ediciones en forma revisada, debido al constante estudio y revisión de los problemas que le ocupan desde el principio hasta los últimos días de su vida. Ya en el primer período nos encontramos con los temas que serán básicos en sus investigaciones durante su vida: la *Epica Española*, la *España Medieval*, su *Lingüística*, su *Historia*. En aquella época escribió su *Manual de Gramática Histórica Española*, libro revisado y aumentado varias veces, obra indispensable para cualquier estudiante de la lengua española. – En la *Leyenda de los Infantes de Lara* reproduce capítulos de las *Crónicas Generales*, descubriendo en ellos, casi intactos, restos de un poema épico, básico en la epopeya española, tema popular en todos los tiempos, pero desconocido en su forma épica.

Una de las más importantes obras pidalianas es *El Cantar de Mío Cid*, 3 volúmenes, en los cuales expone sus estudios geográficos, llevados a cabo por él mismo, en largos recorridos por los campos castellanos, en busca de la ruta del Cid; históricos, buscando documentos y crónicas, conservados en archivos y bibliotecas; una gramática sobre el español antiguo, un vocabulario etimológico, el texto paleográfico y, paralelo a éste, el corregido y enmendado por él. Este último punto es quizá discutible desde el punto de vista de hoy. Aunque sean geniales las sugerencias, y bien fundadas – de esto no cabe duda – a veces son atrevidas las correcciones. Invitan a citar sus propias palabras respecto a los romances publicados en el bello y popularísimo volumen «*Flor Nuevo de Romances Viejos*»: «Algunos son de mi propia inventiva.»⁵

En cuanto al gran trabajo que significaba «*El Cantar de Mío Cid*», vale citar, tomando de las «*Páginas sobre Poesía Epica*» escritas por don Ramón, sus mismas palabras: «A los 23 años mi entrada en el campo de las letras tomó dirección lingüística, porque respondía al propósito de acudir a un concurso abierto en 1892 por la Academia Española sobre la *Gramática y Vocabulario del Poema del Cid*; pero me guiaba instintivamente un principio que siempre después he tenido como esencial, de no atacar un problema sin tener en cuenta a la vez los problemas a él colaterales y conjuntos, un deseo de firmeza en los juicios. Es el principio de la plenitud: en un estudio todo lo que es oportuno, urge inexcusablemente; lo cual ha de completarse con el principio de la sobriedad: todo lo que no hace falta, sobra. Esto me llevó a tratar, no sólo

4: Dámaso Alonso: *Juventud, Madurez y Ancianidad en la obra de Menéndez Pidal*. Cuadernos para el Diálogo, núm. 62, 1968, p. 13, ss.

5: R. Menéndez Pidal: Proemio de «*Flor Nueva de Romances Viejos*», recogido en R. M. P.: *Mis Páginas Preferidas*, I, 1957, p. 192.

la Gramática y el Vocabulario del Poema cidiano, como el concurso pedía, sino también, imprescindiblemente, el *Texto del poema* que, conservándose sólo en un remozamiento del siglo XIV, era preciso reconstruirlo en su original del siglo XII, y por eso tuve que estudiar las Crónicas donde el poema se halla prosificada.⁶

Ese «reconstruir» el Poema en su «original» es justamente uno de los puntos en el que los filólogos modernos discrepan de don Ramón. Es verdad que el manuscrito del Poema del Cid sólo existe en «un remozamiento» del s. XIV, es decir, de poco menos de 200 años después de la fecha de redacción supuesta por Menéndez Pidal, pero no nos atrevemos a conocer el idioma medieval más a fondo que los mismos poetas medievales. Menéndez Pidal, mediante extensos y minuciosos estudios, ha llegado a fechar el poema en el año 1140; varios filólogos modernos lo fechan en la segunda mitad del siglo XII.

La cita de sus «Páginas sobre Poesía Épica» continúa hablando de las Crónicas: «Esas Crónicas Generales de España eran una extensa e inexplorada región de nuestra literatura. Se conservaban en una gran multitud de manuscritos que eran juzgados todos como semejantes, pero que cuando se examinaban de cerca aparecían muy diversos en su contenido, todos diferentes entre sí, en relaciones muy intrincadas los unos con los otros; . . . la silvestre maraña de los abandonados manuscritos se podía aclarar, y ordenados los muy varios textos según su fecha y su contenido, dejaban ver el lento desarrollo de la historiografía nacional a través de los siglos XII al XIV, y en los folios de aquella serie de crónicas olvidadas dormía la poesía heroica de España recogida como historia auténtica por los cronistas. El hacer a esa poesía volver de su sueño secular y el reconstruir su vida pasada fue tarea necesaria para reconstruir el Texto del Poema del Cid y me proporcionó materia para muchos otros trabajos posteriores, a partir de 1896.»⁷

Menéndez Pidal, habiendo estudiado a fondo todas las crónicas, se pudo formar una idea firme y bien fundada sobre la épica y. Llegado a este punto, dice él mismo que «con disgusto» la veía en oposición a las que, respecto a la épica francesa, formulaban en otros países otros investigadores. — Debemos tomar en consideración que don Ramón, en una vida larga como la suya, ha tenido que enfrentarse con las ideas de varias generaciones. Todavía existía la memoria del «espíritu del pueblo» del cual brotaba la poesía. Más cerca estaba Menéndez Pidal de Gaston Paris quien propugnaba la teoría de los poemas cortos, las cantilenas, surgidos aquí y allá, siempre que hubiera algún monumento al que referirse. Pero la idea, todavía romántica, de Gaston Paris de que las poesías líricas anteciesen cronológicamente a la epopeya, no la podía compartir Menéndez Pidal. Así fue que cuando otro gran francés, Joseph Bédier, publicó su gran obra «Les Légendes Épiques» (1909), en la cual da la prerrogativa cronológica a la poesía épica, don Ramón le saludó con los brazos abiertos; toda su vida guardó profunda veneración hacia el gran medievalista francés, aunque se abriese, cada vez más, el gran abismo que separaba a uno del otro. La teoría individualista defendida por Bédier, se concentraba

6: R. Menéndez Pidal: *Ibidem*, Páginas sobre Poesía Épica, p. 7.

7: R. Menéndez Pidal: *Ibidem*, Páginas sobre Poesía Épica, p. 8.

en su doctrina de que toda literatura se inicia con una obra maestra y esta obra no tiene pasado, ni precedente. El lema, la hipótesis de trabajo de Bédier fue: »Au commencement était la route, jalonnée de sanctuaires«. El camino era el de las peregrinaciones. La Chanson de Roland, obra maestra de la épica, nació, según Bédier, inmejorada, insuperable, a fines del siglo XI; antes de esta fecha no hubo poesía épica. Si no existe documentación de una poesía anterior es porque no lo ha habido.

La teoría de Menéndez Pidal es muy otra: contra la *individualista* opone la *tradicionalista*. Según la teoría de la tradición, se admite un autor Primero del poema, pero luego cada juglar, cada persona que lo ha cantado ha añadido lo suyo, lo ha cambiado, le ha intercalado nuevos episodios, ha inventado nuevas personas. La tradición es tan larga que se ha olvidado, o quizá nunca se ha sabido, el nombre del que cantó la poesía por primera vez. El que el famoso manuscrito de Oxford de la Chanson de Roland, publicado por Bédier, parezca único y completo (obra primaria, según su editor), no impide que haya existido, ya desde el siglo VIII, conocimiento de la Chanson. (Véanse otros manuscritos y fragmentos de manuscritos – entre ellos el fragmento de «Roncevalles» español, los estudios de onomástica del mismo Menéndez Pidal, de Rita Lejeune, y otros). La característica de la epopeya española, característica que se encuentra a lo largo de todos los siglos hasta hoy, es, como antes he dicho, la tradición; otras características son la anonimidad, la sobriedad, el verso amétrico y la asonancia. La tradición ha obrado tanto en las formas poéticas españolas que todavía se notan sus efectos. En la épica encontramos, por primera vez, las características mencionadas. En la épica francesa existen también la asonancia, el verso amétrico, etc., pero son características que se abandonan pronto para buscar formas más elegantes y regulares. En España, en cambio, se conservan aquéllas, más otras, entre ellas, la -e paragógica.

Algunos críticos comparten el punto de vista de Menéndez Pidal, otros lo combaten. Él forma su propio lema al contrario del de Bédier, ya citado, y del de otro, posterior, crítico francés Albert Pauphilet: »Au commencement était le poète«, pronunciando: »En el principio era la Historia«.

En 1959, a los 90 años de edad, Menéndez Pidal publica »La Chanson de Roland y el Neotradicionalismo«, obra que rebosa de vitalidad y de polémica. El autor alega documentación convincente de que la Chanson de Roland, como cualquier Chanson de Geste, tiene sus raíces en una época muy cercana al acontecimiento que canta. Nació en forma mucho más verídica e histórica, vivió en tradición oral, primero, heredándose de una generación a otra, siempre un tanto deformada por el que la cantaba. Se añadían nuevos personajes, nuevos acontecimientos más o menos fantásticos. El contenido histórico del manuscrito de Oxford, de la Chanson de Roland, es exiguo. Comparando éste con el del poema del Cid, se encuentran en la gesta española más historicidad y menos acontecimientos milagrosos que en la francesa. Oponiendo el *tradicionalismo* al *individualismo*, Menéndez Pidal escribe: »... vemos que el individualismo introdujo indebidamente su *Tuoldus vindicatus* en la grev de los autores únicos, haciéndole pavonearse en ella como el Tumens Inani Graculus Superbia de Fedro, y que abundantes hechos vienen a expulsarle de esa grey, *Tuoidus Depiumatus*. Pero ese Tuoldo de las plumas ajenas nunca existió más que en la mente

antitradicionalista. El primer poeta de la Chanson de Roland y la legión de sus desconocidos refundidores, aunque entre ellos hubiese poetas tan geniales, tan egregios, como los de más nombradía, eran poetas esencialmente anónimos, que no pretendían apropiarse invenciones de otros, sino entregar a los otros las invenciones propias.⁸

Un motivo de mucho valor: el espíritu immanente de la Chanson de Roland. El poema describe una guerra religiosa, una cruzada. Por *cruzada* se entendía en el siglo XI «una guerra promovida por impulso esencialmente religioso, publicada por el papa, con indulgencia o remisión de los pecados para los que, movidos de ese impulso, mueran en ella».⁹ En el «Roland» no pasan tales cosas: Carlomagno no declara su guerra hispana en nombre de Cristo, sino en nombre de Francia; Roland mismo no pelea por Cristo sino por Carlos, y así todos: por la dulce Francia y por Carlomagno. En el poema francés, Carlomagno convierte al cristiniano grandes masas de sarracenos, lo cual, justamente, *no* es gestión hecha por los cruzados del siglo XI. «Si el Roland hubiera sido concebido dentro del ideario del siglo XI, Carlos hubiera pasado a cuchillo a todos los sarracenos de Zaragoza».¹⁰ El verdadero Carlomagno, restaurador del Imperio Romano, cabeza de la cristiandad, bautizó a los vencidos, a cambio de rehenes, es verdad.

El tradicionalista Menéndez Pidal combate muchos puntos de vista mantenidos por los defensores de la teoría del individualismo, entre ellos, el de haber salido los cantares de gesta de un medio docto; que los monjes de los monasterios a lo largo de los caminos de peregrinación, hubiesen sido autores de los poemas.

Según la teoría de Menéndez Pidal «La Epopeya románica es la hermana mayor de la historiografía; nace cuando la Historia no existe, sólo se escribía en latín, lengua extraña a la comunidad».¹¹ Es la Historia patria, la literatura transmitida oralmente. Los pueblos han llegado a una *Edad Heroica*, y ésta dura varios siglos, durante los cuales se «conserva viva la costumbre de divulgar, en forma cantada, los acontecimientos coetáneos, sin que nos lleguen por escrito».¹² Es en aquella época en la que los cantares, originalmente históricos, verídicos, noticieros, van perdiendo la actualidad, cambiando los acontecimientos por otros, más inverosímiles, confundiendo personas y lugares. He aquí la «Tradicionalidad»; el método de transmisión oral de los cantares que cantan las hazañas de los antepasados, no puede ser sino de origen *germánico*. Sabemos de fijo, porque nos lo dicen todos los documentos referentes a los godos, que entre ellos era costumbre cantar los *Carmina Maiorum*, mientras, en cambio, los latinos habían continuado la tradición homérica. Hay que tener en cuenta

8: R. Menéndez Pidal: La Chanson de Roland y el Neotradicionalismo, p. 415. — Madrid, 1959.

9: R. Menéndez Pidal: Ibidem, p. 227.

10: R. Menéndez Pidal: Ibidem, p. 228.

11: R. Menéndez Pidal: Problemas de la Poesía Epica, Mis. Pág. Pref. I, p. 45.

12: R. Menéndez Pidal: Ibidem, p. 45.

un factor muy importante: el *estado latente* en el cual «los hechos sociales pueden vivir durante siglos.»¹³

Este «estado» o «realidad» latente se aplica a muchos fenómenos, entre otros a uno que nos atañe a todos: la *lengua*. Tenemos testimonios abundantes del latín clásico y los tenemos de las lenguas neolatinas, pero, justamente por éstas tenemos que reconocer que debe haber vivido, casi sin testimonios escritos, el latín vulgar, madre auténtica de las lenguas románicas modernas, y su continuación: los primeros vestigios del romance. En este campo filológico Menéndez Pidal, en su «Orígenes del español» ha dado un gran paso con sus estudios de las *Glosas Silenses* y las *Emilianenses*, sacando a luz fenómenos lingüísticos del siglo X.

En «estado latente» vive también otro género literario. Cuando la epopeya languidece, hacia fines del siglo XIII, se continúa en la *poesía épico-lírica*, que queda «latente» hasta mediados del siglo XVI, cuando nace el interés renacentista por lo popular, lo natural. Entonces estas poesías se recogen y se publican en cancioneros y romanceros. En éstos se juntan los romances tradicionales con los escritos por poetas contemporáneos. En España, más que en ningún otro país, ha prendido el romancero, que se caracteriza por sus versos octosílabos, sin división estrófica y con rima asonántica en los versos 2,4, etc. – Al metro del romance acudían los escritores del teatro del Siglo del Oro, y en él escriben muchos poetas de hoy.

Es en el estudio de los *romances* donde Menéndez Pidal ha puesto más cariño y, quizá, más horas de su larga vida: «... el romance – dice –... me atrajo siempre como poesía de una vitalidad prodigiosa, mantenida durante más de 6 siglos como poesía viviente.»¹⁴

En este corto homenaje no es posible profundizar en todo el vasto campo que ha sido trabajado por Menéndez Pidal: La vida espiritual e histórica de España. España, desde luego, forma parte íntegra de Europa y no debe estudiarse como terreno aislado. Pero existen en España ciertas peculiaridades que no se distinguen con tanta claridad en otros países. Son «la Tradicionalidad», «la Anonimia», «El Estado Latente», «los Frutos tardíos», que permiten que unos géneros literarios se mantengan con más tenacidad en España que en cualquier otra parte.

Don Ramón, en sus investigaciones, ha querido «echar Nueva Luz» sobre épocas mal conocidas y ha tratado de «Llenar Vacíos» en campos mal estudiados. – No pocos son los vacíos que llegó a llenar don Ramón. Sólo un vacío no ha podido, ni lo podrá jamás llegar a llenar: el que dejó tras sí con su muerte.

Kirsten Schottländer
COPENHAGUE

13: R. Menéndez Pidal: *Poesía Juglaresca y Juglares*, p. 340. – Véase: J. A. Maravall, *Obra citada*, p. 134.

14: R. Menéndez Pidal: *El Romancero*, en *Mis Pág. Pref.*, I, 125 s.